

Impresiones de vida universitaria

El alma de la Facultad. — La influencia del elemento femenino. — Coriolano Alberini presentado como encarnación de esta alma. — Un elogio a las mujeres que estudian. — Lo que puede ver un artista. — Consideraciones sobre la psiquis femenina. — Un ramillete de chicas. — El porvenir de la Facultad.

“Puesto ya un pie en el estribo”, ningún momento tan propicio como éste para aprisionar en unas cuantas líneas algunas de las múltiples impresiones recibidas en el decurso de la vida estudiantil universitaria.

Debo confesar que la tarea se me presenta aventurada y vidriosa. Las cosas vulgares si se cuentan vulgarmente quedan fuera de la república del arte. Y para no contarlas vulgarmente, uno tiene que ser ciudadano nativo de esa república y aprender en ella con amoroso empeño esa gaya alquimia que convierte cualquiera materia común en rica pedrería. Un poco de angre en manos de Pereda se transforma en oro artístico de alto quilataje. Un pedrisco vulgar entre muchachos, visto a través de Sarmiento, resulta un cuadrado lleno de naturalidad fresca y viviente. El robo de unas sandías, cosa vulgarísima si las hay, — ¿quién no ha franqueado en su niñez el cercado ajeno en procura de la sabrosa fruta prohibida? — relatado por Miguel Cané, da pretexto a una deliciosa página de antología. Se diría que las cosas externas se purificaran al quemarse dentro de los crisoles del artista y que los simples episodios se doraran y magnificaran con las lumbres de esos mismos crisoles. De ahí se explica el por qué la historia de un pueblo es grande más que por sus gestas por el vigor espiritual de sus historiadores.

Y bien, cuando uno siente la dificultad de realizar esa transformación de lo vulgar en artístico y el peligro de no encerrar más que lugares comunes en frase forzada, desmayadiza, convaleciente, tira lejos la pluma en un arranque de impotencia autoconfesada. Pero luego viene la reflexión y se piensa que el temor no engendra nada provechoso y, además, que es cosa impropia de varones. Y se vuelve a tomar la pluma, recordando que nada existe, como dijo Kant, tan digno de admiración como la buena voluntad, y pensando que si el hecho realizado no llega a la altura del propósito preconcebido, basta esa buena voluntad puesta en ejercicio para darle razón de existencia.

Me propongo, pues, sin esperar, es claro, *superare materiam*, decir algo sobre el "alma" de la casa y sobre la gente que ha concurrido y que concurre a la formación de esa alma. La historia de la Facultad en su faz episódica la dejo a plumas más ágiles como la de Giusti.

Yo no creo que las cosas tengan alma de por sí, pero sí creo que se espiritualizan con el contacto del hombre. Un paisaje bárbaro no sugiere tanto como las ruinas de una civilización fenecida. Un cuarto de una casa cualquiera no es lo mismo que el cuarto donde ha nacido un hijo o donde ha muerto una madre. Aquí los muebles y las paredes se han impregnado de alma, de nuestra alma, y del alma de los seres queridos y familiares. Y queremos esas cosas inertes como si fueran algo de nuestra propia naturaleza. El fetichismo, esa vieja religión que también oficiamos los modernos cuando conservamos con piadoso respeto ciertas bagatelas como un mechón de cabellos, una esquila amarillenta, una flor seca, indiferentes al interés ajeno pero de grande valor simbólico para nosotros, el fetichismo no es más que la adoración del alma de las cosas materiales.

¿Por qué, entonces, esta casa no había de tener también su alma? La tiene, sí; tiene un alma, el alma que le han ido transfundiendo las caravanas juveniles que por ella, pensativamente, han desfilado.

Cuando uno ingresa a la Facultad, lo primero que detiene la atención es su ambiente característico. Más tarde, corrido el tiempo, este "aire" especial ya no impresiona mayormente porque está nuestro espíritu identificado con él. Sucede lo mismo que con los caminantes y los trotamundos, los cuales notan mejor que los nativos lo típico de los pueblos que visitan, pero dejan de notarlo en cuanto se conaturalizan con esos pueblos.

El ambiente de nuestra Facultad se caracteriza por lo amable, lo ligero, lo sonriente. En esta Buenos Aires de calles antifraternas, llenas de vértigo y de ruido, y donde las gentes caminan de prisa con el gesto agrio y el talante amenazador, hipnotizadas por la fiebre del dinero, la Facultad resulta como un oasis donde el peregrino descansa de la dura fatiga de vivir.

Aquí las horas parecen detenidas. Y en el aire existe como una beatitud disuelta. Las caras se iluminan con la sonrisa y se vela en la memoria el recuerdo de los trajines ásperos del día. Nadie habla de intereses, de crisis, de negocios, de dinero. Ricos y pobres se confunden en una misma fraternidad espiritual. Y es que ricos y pobres se sienten hermanados por un lirismo común. "Les beaux esprits se rencontrent."

Es indudable que la numerosa concurrencia femenina es lo que ha trasmitido a este ambiente todo lo que tiene de suave, de sonriente, de amable, de ligero.

La palabrota masculina se esconde; se atempera el brío macho de las discusiones; se suavizan los violentos ademanes de los demagogos en ciernes. En cambio, de todos los grupos se levanta una conversación cortada, rápida, nerviosa, y como envuelta en una nube de maledicencia sutil. Por deporte, nunca con intenciones de ofensa, que sería de mal gusto, se gasta un poco de ironía y se despacha a su placer la riente y zumbona crítica femenina.

Por otra parte, es esta concurrencia femenina la que da a la casa no sé si un atractivo de hogar o un atractivo de jardín. Es ese encanto aéreo, indefinido, impalpable, que está como diluido en todo lugar frecuentado por mujeres. Los muchachos se encuentran bien aquí, *à son aise*, sin darse, tal vez, cuenta de la razón primera de esa paz que se infiltra insensiblemente en sus

espíritus. Ninguno se apura ni se afiebra por terminar pronto la carrera. ¿Para qué? Si la vida que vendrá no ha de ser, seguramente, tan apacible como ésta. Y cuando se ha terminado la carrera o se han abandonado los estudios por lasitud o impedimentos materiales, los ex alumnos suelen continuar viniendo, día tras día, como autómatas imantados por esa fuerza misteriosa de atracción que ejerce sobre sus espíritus la casa.

Este fenómeno es poco corriente en las otras Facultades donde el ambiente es menos refinado y menos cálido, debido al elemento masculino superabundante que pone en ese ambiente su nota gris y su nota brutal. En los alumnos de todas ellas se nota un cierto desamor por la casa, un desamor de célibes aburridos, que se traduce en el afán de terminar cuanto antes la carrera. Egresados de la Facultad, la mayoría, *motu proprio*, no vuelve a pisar sus umbrales.

Hemos tenido algunos tipos, en el buen sentido de la palabra, que han encarnado a maravilla el alma de la Facultad. Pero ninguno, acaso, como Coriolano Alberini.

Podría confeccionarse todo un capítulo de frases "alberinescas",—no todas, hay que advertirlo, serían *ad usum puellarum*.—a través de las cuales se revelaría su aticismo chispeante, su esprit volteriano y su malignidad sonriente e inofensiva, todo ello tan del espíritu de la casa.

Me apresuro a decir, por si alguien no lo conoce sino por esta breve noticia, que éste no es más que el Alberini aparente. Porque en lo interno de este Alberini de los epigramas y de la sonrisa guiñada, existe un hombre serio y un corazón bien puesto. Tan serio que el interior de su bella testa de "vizeconde rubio de los desafíos" es un pingüe huerto cultivado con amor y con conciencia de la propia valía.

Si ríe volterianamente es de puro aristocrático, es porque abomina la bobería monjil de los ininteligentes. Y la abomina por una simple razón de incompatibilidad espiritual. Porque se ha convertido, a fuerza de perseguir los matices apenumbra- dos de las ideas, en un sibarita cerebral, casi diría en un *gourmet* de pensamientos finos.

Sin quererlo, por incidencia, me he ocupado un minuto de Alberini. Sería, pues, el momento de aprovechar la oportunidad para bosquejar algunas figuras masculinas, sacadas de lo más representativo de la casa. Pero voy hacerles gracia de esta mención en mérito a que tengo-verdadero apuro en seguir ocupándome de cosas más placenteras a mi espíritu. Estas cosas más placenteras son las "chicas", son las valientes muchachas que nos acompañan en la dura jornada universitaria. Y digo "valientes" porque no se doblegan ante la estulticia común que desdeña a las mujeres intelectuales, que moteja burlescamente a las bachilleres y a las doctoras, como si el cultivo de la inteligencia amenguara los tesoros del corazón. Son tan femeninas, sino más femeninas, más inteligentemente femeninas, que las otras, que esas que se pasan el tiempo recorriendo las tiendas y futilizando la vida. Por otra parte, a ninguna, seguramente, la lectura de los graves pensadores ha hecho olvidar los refinamientos del *boudoir*, ni la compañía de las biondas, de los encajes, de los perfumes, de todas esas mil frusterías que acentúan los atractivos del sexo. Si existieran cintas espirituales, diría que para ellas el estudio es una cinta más que se colocan en el espíritu.

En medio de este elemento florido, salpicado, es natural, por uno que otro cardo traído por los azares de algún viento traicionero, pueden encontrarse a sus anchas los que tengan un poco de artistas y un poco de psicólogos. Así, para éxtasis de la retina golosa de los primeros, no faltan pequeños cuadros llenos de color y de sugestión poética: En la Biblioteca, las cabecitas pensativas sobre el libro abierto. En el patio, en un baneo lejano, alguna silueta esfumada en la semi-penumbra de la tarde que muere. En el mismo patio, sobre la balaustrada, racimos primaverales que hacen olvidar los rigores del invierno. En el *hall* y en los corredores grupos multieromos que se forman y se disuelven con una suavidad felina. Hay enjaumbres rumorosos de chicas de donde se eleva, a modo de sahumerio, el parlerío incansable y apajarado. Si por ventura algún elemento "gris" se introduce en el enjambre, dejan repentinamente de hablar de sus "cosas". Y el elemento gris, si hay coyuntura para ello, aprovecha el momento para dar salida a algún chiste más o menos alemán, o apuntarse con una frase galante o alguna li-

Sin quererlo, por incidencia, me he ocupado un minuto de Alberini. Sería, pues, el momento de aprovechar la oportunidad para bosquejar algunas figuras masculinas, sacadas de lo más representativo de la casa. Pero voy hacerles gracia de esta mención en mérito a que tengo verdadero apuro en seguir ocupándome de cosas más placenteras a mi espíritu. Estas cosas más placenteras son las “chicas”, son las valientes muchachas que nos acompañan en la dura jornada universitaria. Y digo “valientes” porque no se doblegan ante la estulticia común que desdeña a las mujeres intelectuales, que moteja burlescamente a las bachilleres y a las doctoras, como si el cultivo de la inteligencia amenguara los tesoros del corazón. Son tan femeninas, sino más femeninas, más inteligentemente femeninas, que las otras, que esas que se pasan el tiempo recorriendo las tiendas y futilizando la vida. Por otra parte, a ninguna, seguramente, la lectura de los graves pensadores ha hecho olvidar los refinamientos del *boudoir*, ni la compañía de las biondas, de los encajes, de los perfumes, de todas esas mil fruslerías que acentúan los atractivos del sexo. Si existieran cintas espirituales, diría que para ellas el estudio es una cinta más que se colocan en el espíritu.

En medio de este elemento florido, salpicado, es natural, por uno que otro cardo traído por los azares de algún viento traicionero, pueden encontrarse a sus anchas los que tengan un poco de artistas y un poco de psicólogos. Así, para éxtasis de la retina golosa de los primeros, no faltan pequeños cuadros llenos de color y de sugestión poética: En la Biblioteca, las cabecitas pensativas sobre el libro abierto. En el patio, en un banco lejano, alguna silueta esfumada en la semi-penumbra de la tarde que muere. En el mismo patio, sobre la balaustrada, racimos primaverales que hacen olvidar los rigores del invierno. En el *hall* y en los corredores grupos multieromos que se forman y se disuelven con una suavidad felina. Hay enjambres rumorosos de chicas de donde se eleva, a modo de sahumerio, el parlerío incansable y apajorado. Si por ventura algún elemento “gris” se introduce en el enjambre, dejan repentinamente de hablar de sus “cosas”. Y el elemento gris, si hay coyuntura para ello, aprovecha el momento para dar salida a algún chiste más o menos alemán, o apuntarse con una frase galante o alguna li-

gera insinuación sentimental. En las aulas los catedráticos van hilvanando, en medio de un silencio de vacío sideral, las frases de su grave disertación. Es entonces cuando, mientras el oído escucha, la vista ociosa recorre pausadamente el conjunto femenino. La excursión suele ser entretenida. Algunas chicas parecen sumidas en una atención reconcentrada, según es de compuesta su actitud. Viéndolas, lápiz en mano, cualquiera diría que están aprisionando sobre el papel las ideas vertidas por el profesor. Sin embargo, nada más lejos de la verdad: están sencillamente haciendo "dibujitos", mientras el pensamiento juvenil vaga, mariposeante, por otros mundos. Otras, en cambio, escriben realmente. Escriben y escriben, nerviosas, afebradas, como si estuvieran ávidas de ciencia. (Lo que no impide que al poco tiempo abandonen los libros porque un señor novio se les ha puesto en el camino. Y lo primero es lo primero.)

Así como existe una psicología que se podría calificar de psicología de "sótano" y de "entresuelo", esa que se simula aprender en los tratados y en los laboratorios, existe una psicología de "piso alto" que se aprende en la vida cuando se la vive dolorosamente y que consiste en arar hondo en la naturaleza humana. Los que cultivan la primera, a falta de otro nombre, pueden llamarse "psicologistas". Los que cultivan la segunda son los psicólogos, los verdaderos psicólogos. Con esto quiere decirse que no hay que colocar en el mismo plano mental, pongo por caso, a la cofradía de los William James con la cofradía de los Gustavo Flaubert.

Y bien, en el estudio, siempre difícil, por cierto, de esta psicología de piso alto, hay una gradación de dificultad según ese estudio se realice en el mundo masculino o en el mundo femenino. No es empresa fácil la de conocer a fondo el espíritu de un hombre, pero resulta un juego de niños si comparada con las dificultades que presenta el conocimiento íntimo del espíritu de una mujer. (Se entiende de una mujer refinada, no de una instintiva cerril.) No por nada decía Shakespeare, por boca de uno de los personajes del Rey Lear: "¡Oh, qué territorio inexplorado el corazón de la mujer!" Debíó decir, más bien, "inexplorable". En efecto, el espíritu femenino se presenta al observador como un castillo feudal cuyos puentes levadizos hu-

bieran sido levantados. En la imposibilidad de llegar hasta él, tiene el observador que limitarse a conjeturar desde afuera lo que sucede dentro del castillo.

No participo de la opinión corriente según la cual el espíritu femenino es más laberíntico que el nuestro. Lo parece porque nos es menos accesible, nada más. Hay toda una serie de obstáculos, los unos naturales, los otros artificiales, que dificultan el acceso. El pudor, por ejemplo, que se ha hecho instintivo en la mujer, se extiende hasta las cosas del espíritu, y tanto que resguarda, como si fuera un velo denso, el alma femenina y la mantiene, como en un santuario, al abrigo de la profanación externa. Ese velo denso se va disipando en las amistades sinceras, pero poco a poco, lentamente, con una lentitud de amanecer.

Hay otro factor que dificulta en no pequeño grado la comprensión del alma femenina: es la sensibilidad sutilizada del observador. Es natural que cada uno se especialice en las investigaciones que estén más en armonía con el propio temperamento. Por eso, en el interior del estudioso que se ocupa con preferencia de mujeres existe casi siempre, más o menos confeso, un feminófilo. Y esa feminofilia traiciona frecuentemente al pobre psicólogo que se queda en lo mejor de sus profundos análisis, "atortolado" como un colegial que está presintiendo la primera novia. Llegado a este extremo, va sin decirlo, el psicólogo muere para dar vida al poeta.

Agréguese a estas dificultades la falta de coeducación sexual y los convencionalismos sociales que distancian artificialmente varones de mujeres y que entorpecen la compenetración recíproca de las almas.

El arte literario es sobre todo el que sufre mengua con todas esas trabas que obstaculizan el acceso al espíritu femenino. En países como Francia, donde la barrera entre los sexos es menos alta, la literatura se enriquece con admirables análisis psíquicos de mujeres. En cambio, entre nosotros, donde impera todavía en materia mujeril un cierto arabismo atávico, la literatura no presenta un solo tipo femenino de rica complejidad psicológica.

Todo esto de la psicología femenina que parece escrito a humo de pajas, por simple vicio digresivo, olvidado el autor del

eje central de su artículo, viene, sin embargo, muy a cuento. Y viene a cuento porque nos lleva a la conclusión de que todas las dificultades que encuentra el común de los hombres para penetrar en los arcanos de la psiquis femenina, existen, sí, pero bastante aligeradas para los estudiantes de esta Facultad, los cuales tienen cerca de sí un "material" de estudio excelente por lo heterogéneo y lo seleccionado. En mi ánimo digo, como diría Don Quijote, que si nuestros panales quedan vacíos no es por falta de flores en el jardín.

Nuestras condiscípulas tienen un *cachet* distintivo. La vida seria del estudio las uniforma y las pule de todo coquetismo vacuo. No tenemos el tipo de la locuela, de la coquetita bonitilla, altanera, vanidosa, insignificante, y no la tenemos porque las mujeres de esa especie, si abrazan el estudio, quedan detenidas en los primeros alambiques. En cambio, son con nosotros algunos espíritus *nuancés*, complejos y peregrinamente femeninos.

Alguna vez se me ha ocurrido intentar, es claro que como simple *amateur*, pues que estamos en un país donde hasta los agricultores son *amateurs*, intentar, decía, una excursión o, si se quiere, un paseo a través del espíritu de las chicas más caracterizadas de la casa. Pero he desistido luego porque dado que este pobre VERBUM aparece tan de tarde en tarde, la galería hubiera resultado harto incompleta. Y he desistido, asimismo, porque no convenía exponerse a contundencias femeninas. Y, además, por no sentar juicio de sujeto superficial, pues ocurre que todos los que se ocupan de mujeres son notados de superficiales, como si este estudio no exigiera tanto esfuerzo mental como el estudio de los reflejos de las ranas o el estudio de los movimientos paroxismicos de las amibas.

Como dije, si no recuerdo mal, por ahí, lo que sobra en esta casa es material de buena cepa, material apto para la silueta, diría, para la silueta, físico-psíquica, si estas palabrejas no me taladraran los oídos.

Ahí están, por ejemplo: Petrita Alén con su pintoresco dejo

santiagueño y su almita romántica llena de saudades; Beatriz Burbridge, con su aspecto de hermanita de la caridad, su perenne y beatífica sonrisa y un no sé qué de bondad suave y mimosa; Evelia Ciafardini, con suoi bianchi denti e suoi occhi neri di madonna meridionale; Mecha Daus, con su talento escondido, su dulzura nazarena y sus ojos entoldados y tristes de amorosa mística; Julia del Moral, vizvirinda y apicarada como una maja madrileña; María Eugenia Etehegoren, con su vasca honradez espiritual y su aire de madrecita contenta; Gudelia Griffero, con su cara bonita, su espíritu serio, su corazón bondadoso; Lili Kelly, con su fina inteligencia y su silueta fina de *girl*; Gisberta S. de Kurth, con su hermetismo, su frialdad sajona y su admirable estampa de belleza hierática que parece escapada de un dibujo de Gibson; Lilia Lacoste, avec sa grâce câline, sa vivacité parisienne et sa tournure de petite chose charmante; Angelina Moine Carranza, un puñado de sal, unos granos de pimienta, un poco de Málaga y un poco de champagne, volcado el todo dentro de una muñeca morena; Juana Zadoff, con su fresca juventud, su inteligencia clara y sus maneras de personita íntima. Y tantas otras que omito por no seguir desazonando a la gente seria y “científica” de la casa.

Además, existe el elemento nuevo, lleno de promesas y que tendrá a su tiempo, es de esperar, su *croniqueur*, alguna pluma por cierto más aguzada que ésta. Porque las filas siendo, como han de ser, más nutridas, aumentará la emulación y gracias a ella surgirán exponentes estudiantiles más seleccionados. Y serán las filas más nutridas porque ésto fatalmente irá ensanchándose, pese a la letal atmósfera cartaginesa que nos rodea y a la microcefalia de los fariseos que nos niegan. Seguiremos adelante. Todo preanuncia un florecimiento cercano. El cuerpo docente se refuerza con adquisiciones de valía como Rojas, como Jakob, como Ibarguren, como Toro y Gómez. Y algún día retornará Ingegnieros porque “on revient toujours aux premiers amours”. En cuanto a los estudiantes, las aulas están resultando chicas. La caravana aumenta visiblemente. Y es una caravana que cualquier viento no ha de dispersar. Porque se siente invencible, animada por una fuerza interior que levanta su espíritu por encima de los azares de la fortuna. Esa fuerza interior es el quijotismo de la raza que está retoñando en nosotros.

Carmelo M. Bonet.